

El nuevo “militar flexible”

MARINA MALAMUD*

Resumen: Los países con fuerzas armadas profesionales enfrentan grandes desafíos a nivel organizativo en la definición de roles, estructuras de valores y relación con la ciudadanía. El objetivo de este artículo es argumentar sobre la importancia de encontrar un nuevo patrón de análisis del ámbito militar como organización social, considerando que reproduce las variables impuestas como parte constitutiva de la profesión militar. La propuesta de un “militar flexible” es un posible paradigma adaptado a los desafíos propios de las sociedades individualizadas actuales.

Abstract: Countries with professional armed forces face major challenges at the organizational level in the definition of roles, value structures and relations with citizens. The goal of this paper is to argue the importance of finding a new pattern of analysis of the military sphere as a social organization, considering that it reproduces the variables imposed as a constituent part of the military profession. The proposal of a “flexible military man” is a possible paradigm adapted to the specific challenges of today’s individualized societies.

Palabras clave: sociología militar, defensa y seguridad, fuerzas armadas, sociología del Estado.

Key words: military sociology, defense and security, armed forces, state sociology.

La incorporación de Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial y la resultante transformación de un ejército de algunos miles de hombres que vivían y operaban al margen de la sociedad en un ejército de más de siete millones de individuos comenzó a generar problemas en la organización militar que ésta nunca antes había enfrentado. Con el fin de solucionarlos, el ámbito militar fue tomado por las ciencias sociales como tema de trabajo (Caforio, 2003: 13).

En la etapa de posguerra, la sociología militar apareció de forma sistémica, con el objetivo de comprender los procesos sociales que modificaron la estructura de la organización militar a través del establecimiento de criterios sociológicos para el estudio de las fuerzas armadas (Burk, 2002). Las variables en esa etapa tenían el fin de dar cuenta del desarrollo interno del desempeño militar a partir de los roles, valores o

* Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Escuela de Defensa Nacional. Temas de especialización: sociología militar, sociología de la guerra. Maipú 262, 1084, Buenos Aires, Argentina.

normas estructurales, la fuerza moral de sus componentes, los aspectos de la educación cerrada, las características privativas del rol del soldado y las relaciones civiles/militares, principalmente.

Tiempo después, surgió como principal paradigma desde el fin de la Guerra Fría el “militar posmoderno”. Desde una visión crítica, Bradford Booth, Meyer Kestnbaum y David Segal (2001) consideran que aunque es innegable que la organización militar enfrenta grandes cambios en cuanto a misiones, tamaño de fuerzas y estructura organizativa, aún hoy no queda claro qué comprende exhaustivamente la condición de “pos-modernidad”.

Las tendencias que enfrentaron desde la caída del Muro de Berlín los países democráticos con fuerzas armadas profesionales se vincularon con la declinación del “ejército de masas” y el modelo de conscripción. Estas fuerzas armadas post-industriales y globalizadas han encarado desde entonces cambios internos constantes para enfrentar los desafíos de defensa nacional y, a la vez, cumplir con los objetivos de política exterior en operaciones militares más allá de las fronteras.

Desde este punto de partida, el objetivo principal es abrir el debate sobre qué tipo de profesional militar se está conformando actualmente en los países democráticos con sociedades de mercado. Algunas de los principales desafíos que veremos a continuación son: el vínculo con los medios de comunicación en tiempos de paz y dentro del teatro de operaciones; el reto de mantener un número adecuado de reclutamiento voluntario; la transformación del diseño de fuerzas y, finalmente, los nuevos parámetros de la relación civil-político-militar.

Como primer antecedente se destaca la escuela americana, introducida por Samuel Stouffer. Parte de su pionero aporte fue demostrar cómo la sociometría podía explicar y crear teorías del comportamiento humano en la guerra (Ryan, 2010). Las publicaciones reunidas en *El soldado americano* eran para el consumo interno del país. Los trabajos de Stouffer dieron lugar a nuevos aportes teóricos que ganaron aún mayor divulgación y perduraron como referentes teóricos, como los de Morris Janowitz (1960) y Samuel Huntington (1964). Desde estos clásicos de la subdisciplina, los grandes temas han sido el estudio de la profesión militar y de las fuerzas armadas como organización social, las relaciones civiles-militares y la polemología o estudio del fenómeno de la guerra (Beltrán, 1985).

El principal enfoque de Huntington (1964) es que las fuerzas armadas, por tener como rol principal el manejo legítimo de la violencia, se dis-

tinguen del resto de las organizaciones sociales debido a su especificidad funcional. Por esa razón existe, según el autor, una inherente tensión entre la sociedad civil y la institución militar, que lleva a la problemática civil-militar a ser el eje central en su teoría. Asume entonces que perdura una tensión entre el deseo del control civil y la necesidad de la seguridad militar.

De acuerdo con la experiencia estadounidense, Huntington identifica dos fuerzas creadoras para la organización militar: los imperativos funcionales y los imperativos sociales, que constituyen las variables independientes que explican los cambios en el control civil. Los imperativos funcionales son las conductas sociales que producen funciones objetivas específicas, es decir, los requerimientos. Los imperativos sociales se relacionan con la ideología y los condicionamientos que impone la sociedad sobre los militares, llevados adelante por los líderes políticos. En ambos casos el balance que se busca como tema clave es el control objetivo a partir del profesionalismo militar (Feaver, 1996).

En otro plano, con una visión más “convergente” entre civiles y militares, Morris Janowitz (1960) entiende que los oficiales modernos no constituyen un cuerpo social separado de la sociedad civil, sino que se encuentran profundamente integrados. En efecto, considera que aislar al soldado profesional de la vida política de un país resultaría imposible y absurdo. En este sentido, plantea que no solamente militares y civiles comparten espacios de acción más allá de las diferencias funcionales derivadas de la carrera profesional, sino que además los civiles comienzan a ser progresivamente incorporados al ámbito de las fuerzas estatales como técnicos no uniformados. Por ello, Janowitz asienta que a la organización militar le caben las mismas categorías sociológicas que podrían ser aplicadas a cualquier otra organización de la sociedad moderna.

Para comprender los cambios en la profesión de las armas en Estados Unidos pueden analizarse al menos cinco hipótesis de trabajo o grandes transformaciones que son tomadas como ejes centrales en el desarrollo de esta subdisciplina (Janowitz, 1985).

1. Modificación de la autoridad organizativa: existe un progresivo paso del dominio autoritario a la manipulación, la persuasión y el consenso colectivo. La preocupación principal de los comandantes no es ya el mantenimiento de una disciplina rígida, sino la conservación de elevados niveles de iniciativa y moral. Supone también la exigencia de soldados altamente especializados con grandes motivaciones.

2. Disminución del diferencial de capacidad técnica entre las élites militar y civil: se observa una disminución de la brecha entre la sociedad civil y la militar en capacidades técnicas a partir de la concentración creciente de especialistas técnicos en la organización militar.
3. Modificación del reclutamiento de oficiales: aparece una ampliación de la base social de reclutamiento. El soldado profesional, como el hombre de negocios o el funcionario del gobierno, representa a su organización y debe esforzarse por mejorar el prestigio de la profesión. Por lo tanto, la formación social más heterogénea adquiere las características de una carrera.
4. Significado de los distintos tipos de carrera: los jefes militares se apartan de sus carreras prescritas para interesarse por problemas militares más amplios, en los que destaca el valor de las capacidades técnicas. Por lo tanto, se demarca una permanente innovación en la carrera hacia conceptos renovadores, responsabilidad en general y destreza política, especialmente para el grupo más reducido de las fuerzas.
5. Tendencias en la esfera del adoctrinamiento político: por la diversificación funcional, la estructura militar se ha convertido en la actualidad en una vasta empresa administrativa. Así, el nuevo adoctrinamiento se concentra en suministrar a los militares profesionales opiniones sobre aspectos políticos sociales y económicos que deben conocer, por la ampliación de sus funciones.

Sin embargo, con las transformaciones sociales de la actual etapa de globalización, en particular desde fines de 1990, nuevas configuraciones políticas mundiales, regionales y locales han impuesto la necesidad de analizar algunas variables conceptuales que están caracterizando el desempeño de la profesión militar. La relevancia de un trabajo de estas características se fundamenta en la necesidad de avanzar en la investigación de una institución social clave y, paradójicamente, poco estudiada desde la perspectiva sociológica.

En virtud de lo anterior, este trabajo resulta sólo un nuevo aporte para un largo camino por recorrer dentro del ámbito de la sociología militar. Algunas dimensiones observadas aquí serán: los esquemas de estudio de organización militar (institucional/ocupacional); los cambios sociales que impactan en el desempeño del profesional militar (como la influencia de los medios de comunicación en el terreno de operaciones), y el impacto de la economía de mercado en la actividad. Por otra parte, en términos generales, estos desafíos no se ciñen a la realidad de un país solamente,

sino que representan un estado de situación común para numerosos países democráticos con modelos profesionales. Por esa razón no nos ceñimos a un estudio de caso, sino que planteamos grandes tendencias en el desarrollo de la profesión de las armas.

Como premisa principal, entendemos que una parte importante de la sociología militar de esta etapa global sigue el esquema teórico-metodológico del “militar posmoderno” en el caso del estudio del militar como profesional (Booth, Kestnbaum, Segal, 2001), y el modelo institucional/ocupacional, para el estudio de las fuerzas armadas como organización social. Teniendo en cuenta la riqueza conceptual de ambas clasificaciones de Charles Moskos (2000), proponemos pensar, sin embargo, en la necesidad de forjar nuevos esquemas de comprensión desde la subdisciplina, que consideren las particularidades de los casos de países en vías de desarrollo.

Es por ello que enfatizamos la configuración de un nuevo tipo de profesional denominado “flexible”. El “soldado flexible” es una etapa progresiva y no la antítesis del modelo de Moskos. Este nuevo tipo ideal fue introducido, entre otros, por Marina Nuciari (Caforio, 2003: 75) como aquel que es convergente con la sociedad civil y comparte una mayor conciencia acerca de las cuestiones humanitarias. El nuevo tipo ideal, además, recupera parte del espíritu marcial que parecía haberse erosionado en la caracterización del soldado posmoderno (Moskos, 2000).

Como resultado, en países democráticos con modelos profesionales atados a economías liberales como Estados Unidos, así como en potencias emergentes, es que aparece aquello que se puede denominar “organización militar flexible”. Ésta se justifica parcialmente por la necesidad de enfrentar fenómenos nuevos a partir de la dispersión de conflictos intraestatales mediante una importante innovación interna en materia de “transformación” de las fuerzas (Sanz Roldán, 2005).

El soldado flexible debe adaptarse a un nuevo tipo de organización: tener el entrenamiento necesario para misiones de guerra en términos convencionales (enfrentamientos interestatales) y simultáneamente para operaciones militares en marcos más difusos, como aquellas que se desarrollan en conflictos intraestatales. En este último caso es particularmente notable cómo cambian los términos de interacción social en un mismo espacio geográfico no considerado ya netamente civil, ni netamente de intervención militar.

En otras palabras, desde finales de la Guerra Fría y en especial en los últimos años, se ha desdibujado el concepto de “civil”. Un comandante de

una fuerza que opera en un escenario intraestatal, también denominado asimétrico, tiene que asegurar una adecuada preparación para actuar

en presencia de civiles, en defensa de los civiles donde los civiles son blanco de ataques, resultan objetivos a ser ganados o incluso conforman fuerzas enemigas. Eso supone olvidar algunos principios fundamentales de combate y aceptar el uso mínimo de la fuerza sólo cuando es estrictamente necesario (Caforio, 2013: 9).

Sin embargo, creemos vital tomar la precaución de discriminar el concepto de flexibilidad en relación con la profesión militar para el caso de Estados Unidos y algunos países europeos respecto de otras democracias y economías en vías de desarrollo, como los países de América del Sur. El contenido mismo del término, con los alcances institucionales y motivacionales que implica, tiene un sentido propio. Aunque desde una perspectiva teórica general la intención aquí es analizar algunas variables clave del desarrollo profesional de las fuerzas armadas, es importante, no obstante, considerar esa salvedad.

ECOS DE LA SOCIOLOGÍA MILITAR

Como mencionamos anteriormente, en la actualidad existen dos principales formas de estudiar el ámbito militar desde la sociología: las fuerzas armadas como organización social y el soldado como profesional. Para el primer caso, se sigue una categorización introducida por Charles Moskos (1991), tomando como base de análisis un trabajo de campo realizado sobre el ejército de Estados Unidos, para el periodo moderno tardío.

La organización militar es *institucional* cuando está legitimada en términos de valores y normas; es decir, cuando se trasciende el interés individual a favor de un objetivo superior. Esta categoría es la que se asocia con las fuerzas armadas por definición y se muestra a través de la consecución de procedimientos mediados por reglas compartidas. La legitimidad está basada en la idea de servicio y el grupo de referencia está comprendido dentro de los límites de la organización. El modelo *ocupacional*, en cambio, supone la imposición del interés propio al de la organización. Este militar visualiza su rol como si fuese un trabajo igual a otros. La legitimidad está dada por la economía de mercado y, por lo tanto, se vincula con compensaciones concretas como aumentos salariales.

Ambos modelos polares resultan al fin y al cabo tipos ideales en la práctica. La investigación empírica demuestra que esta división no es posible tal como está planteada y que en la realidad existen solamente predominancias en el esquema I/O. En virtud de ello, Moskos (1991) propone un modelo *plural*, que integra ambas visiones de acuerdo con las contingencias de cada caso. Hay en realidad sólo distintos niveles de oscilación entre los rasgos institucionales y ocupacionales incluso en el interior de un mismo sistema militar, aun entre las diferentes armas o entre distintas especialidades.

Desde un punto de vista sociológico, los rasgos que integran la propuesta I/O, según nuestro punto de vista, se relacionan finalmente con la motivación subjetiva que oscilaría entre los conceptos sociológicos weberianos de racionalidad instrumental y los rasgos emotivos. Así, una acción social individual con arreglo a fines se da en instituciones militares más cercanas a lo ocupacional, y en una institución más vinculada con los rasgos institucionales se resalta el sentido colectivo, lo que se traduce, en términos weberianos, en una acción con arreglo a valores.

En lo empírico, una organización puramente institucional se asemejaría a una especie de corporación uniforme similar al modelo de solidaridad mecánica durkhemiano. En oposición a esto, el modelo ocupacional supondría pensar en una organización militar tan cercana a los criterios individuales típicos de las empresas que supondría la caída de la naturaleza distintiva de la organización. Esta última paridad puede suponer la pérdida de la especificidad del rol asignado a los militares, que por definición les corresponde desde la formación del Estado-nación: consideremos que el ejercicio de la profesión militar no se rige (en términos ideales) por criterios de maximización de beneficios, sino por la búsqueda del bien común.

En lo empírico, es difícil conseguir el equilibrio entre la primacía de la valentía, el honor, el servicio a la sociedad y el espíritu de cuerpo, entre otros valores institucionales, y la iniciativa profesional, la especialización técnica y los incentivos de carrera asociados con lo ocupacional. Además, en los análisis de casos, tal distinción no resulta tan clara:

Se argumenta que las fuerzas armadas de Estados Unidos se están desplazando, desde un formato organizativo predominantemente institucional, a otro que va siendo cada vez más ocupacional. Es fácil exagerar el contraste entre institución y ocupación. Caracterizar las fuerzas armadas como una

institución o una ocupación es cometer una injusticia con la realidad (Moskos: 1991, 43).

Una investigación acerca del ejército de Estados Unidos señala las diferencias de motivación de las mujeres militares desde el modelo I/O. La razón del estudio es que conforman una parte fundamental de la fuerza activa desde el abandono del sistema de conscripción. Los resultados muestran que las mujeres consideran los factores económicos como importantes (señal de una aparente preferencia por aspectos ocupacionales), aunque al mismo tiempo se sienten atraídas por la estructura, la tradición, el ritual, la disciplina y las oportunidades que les facilita el ejército. En este sentido, se concluye que “la típica mujer soldado es más institucional que su colega masculino” (Shields, 1991: 154). Este ejemplo demuestra las dificultades reales que se encuentran al definir un ejército, una fuerza aérea o una armada con rasgos puros.

Comparativamente, al observar algunos países de América Latina se puede decir que solamente en algunos aspectos se asemejan a Estados Unidos:

Los ejércitos se sienten el símbolo de sus naciones y están muy ligados al concepto de Estado. Sus armas y especialidades tienen fuerte identidad, y están dotados de influencia europea inicial y norteamericana posteriormente. Las marinas son más conservadoras con mayor énfasis en las tradiciones y en la historia. Las especialidades tienen mayor capacidad de integración que las de los ejércitos y su influencia inicial es británica, aunque no se desconoce la posterior influencia norteamericana. Las fuerzas aéreas son menos conservadoras y tradicionalistas. Tienen un concepto de equipo tipo binomio muy marcado (piloto-técnico) y la influencia es importantemente norteamericana (García Covarrubias, 2002).

Sin embargo, en general en los países latinoamericanos destacan los rasgos institucionales.

En el plano del estudio del militar como profesional, todavía hasta fines de 1990 prevalecieron las clasificaciones de líder heroico, técnico y administrador (Janowitz, 1960), y desde la Posguerra Fría se impuso el paradigma de militar posmoderno. Con especial consideración en el caso de Estados Unidos, Moskos (2000) distingue al militar moderno del posmoderno, según los cambios sociales y la estructura de valores: el sello que caracterizaba al militar moderno era la visión de una institución legitimada en términos de valores y normas basadas en el propósito de

trascender el interés individual en favor del bien común. Esto implicó, entre otras cosas, la repetición permanente de los valores “deber, honor y patria”. Con el fin de la conscripción y el advenimiento de las fuerzas voluntarias, algunos factores del mercado comenzaron a jugar un rol cada vez mayor en el reclutamiento. De esta forma, aunque predominaban ciertos valores distintivos, los incentivos ocupacionales del mercado empezaron a competir con las consideraciones normativas de la institución.

De acuerdo con Moskos (2000), la estructura, los valores y los objetivos de las fuerzas armadas se han modificado a partir de la declinación del nivel de amenazas a la nación y el aumento de identidades políticas basadas en el género, la pertenencia étnica o la orientación sexual, dando lugar al militar posmoderno de la Posguerra Fría. Las principales diferencias entre ambos tipos ideales son atravesadas por los contextos histórico-políticos.

El militar moderno aparece en el siglo XIX como emergente directo de la formación de los Estados nacionales. A pesar de no constituir un tipo puro, se caracteriza por ser una milicia de cuadro conscripto, con el objetivo de la guerra como única misión fundamental, y diferenciada profundamente en estructura y cultura de la sociedad civil. El militar posmoderno, por el contrario, supone la declinación de la centralidad del Estado nacional y la emergencia de nuevas amenazas que no necesariamente requieren un uso tradicional en el empleo de la fuerza. Así, tiene lugar un giro hacia fuerzas voluntarias, que desarrollan misiones de propósitos múltiples, y que evidencian una mayor permeabilidad con la sociedad civil.

La noción del militar posmoderno (Moskos, 2000) se caracteriza por algunos cambios organizativos, como una mayor interrelación entre lo civil y lo militar, tanto en términos estructurales como culturales; una disminución de las diferencias jerárquicas intra-fuerzas; la inclusión de misiones denominadas de no guerra (como las Operaciones de Paz), y una mayor convergencia con unidades militares de otros países mediante espacios de interoperabilidad en el marco de las operaciones humanitarias y de paz dentro del esquema de Naciones Unidas y especialmente de la OTAN.

Algunas características se reproducen en esta nueva etapa histórica tanto en la organización como en los términos de desempeño del militar, especialmente en lo que se refiere a la proximidad del ámbito militar y el civil, y la interacción de las fuerzas armadas en los planos de acción multilaterales. Esto tiene innumerables derivados; por ejemplo, pareciera

darse una tendencia hacia la profundización de la *civilización* (Bañón y Olmeda, 1984).

Como muestra de ello, los civiles empiezan a unirse parcialmente a las fuerzas como reservistas voluntarios o como profesionales, acortando las diferencias no solamente entre civiles y militares, sino también dentro de las estructuras militares. Sin embargo, el contenido del concepto de *civilización* merece un debate aparte, en tanto que parecería indeterminado en su definición. Por ello cabe preguntarse: ¿*civilizar* a los militares supone volverlos más civiles?, ¿es la *civilización* el avance de las profesiones técnicas/civiles sobre la estructura militar?

En otro plano, la necesidad de operar en distintos puntos del escenario mundial racionalizando recursos ante una naturaleza difusa de las amenazas va en dirección a la integración transnacional de ciertas pautas del desarrollo de la profesión militar. No obstante, esto no implica la declinación de los intereses nacionales de cada Estado manifestados a través de su instrumento militar. En todo caso, supone intereses políticos similares que llevan a operaciones combinadas y/o conjuntas mediante reglas de empeñamiento estandarizadas entre unidades militares de distintas latitudes.

Donde más se notan la interoperabilidad de las fuerzas y cierto grado de estandarización de procedimientos y normas es en los países de la Unión Europea. Desde el caso de Eslovenia, como ejemplo clave, se entiende que hay una “cultura militar” compartida de las fuerzas posmodernas basada en la convivencia en un espacio socialmente heterogéneo (Vuga, 2010). No obstante, aparecen también especificidades desde un punto de vista de sociología de la cultura. Estudios cualitativos parecerían demostrar que la sociedad eslovena se inclina por la jerarquía, la estabilidad y la claridad en lo personal y lo profesional. Por esa razón, en operaciones concretas parecería sólo ligeramente compatible con la cultura italiana, por ejemplo. Aun con esa salvedad, bases operacionales comunes demostraron permitir el trabajo conjunto y la buena convivencia en la misión UNIFILL II, a pesar de las mencionadas diferencias de idiosincrasias culturales (Vuga, 2010).

Como corolario, aun teniendo en cuenta los parámetros teórico-metodológicos que prevalecieron durante la década de los años noventa y más, un contexto sociopolítico en plena conformación que se consolidó aún más desde el atentado a las Torres Gemelas en 2001 empezó a transformar ese modelo profesional de militar posmoderno hacia nuevos términos en el desempeño y en los valores culturales de la especificidad

militar, que fueron incorporando la preeminencia de la incertidumbre (como variable de trabajo clave para las organizaciones militares) producto de una sociedad individualizada y del riesgo. Estos parámetros de planificación intra-institucional y de entrenamiento han dado lugar a lo que denominamos “militar flexible”.

LAS FUERZAS FLEXIBLES: ENTRE LA DISUASIÓN Y EL COSMOPOLITISMO

Uno de los grandes cambios en las nuevas formas de las prácticas bélicas es el paso de la trinidad clausewitziana del Estado, el ejército y la sociedad, vinculada con las guerras interestatales, hacia guerras y conflictos intraestatales cuyos límites territoriales no juegan un rol central. En ese sentido, Eric Ouellet (2005: 19) remarca que las fuerzas armadas occidentales se están desarrollando cada vez más en conflictos en los cuales los rasgos tradicionales, como las formaciones regulares o los uniformes, están desapareciendo.

Particularmente, los líderes militares tienen ahora la responsabilidad de dar sentido a los conflictos que aparecen como externos a las preparaciones y las expectativas de sus subordinados. Así, construcciones sociales como el patriotismo, el coraje y la liberación de las opresiones, entre otros valores, están abiertas a nuevas interpretaciones por quienes están enfrentando estas formas de la violencia en el terreno (Ouellet, 2005:19). Ello deriva en un delicado equilibrio entre las misiones clásicas de las fuerzas nacionales (la defensa de la soberanía) y las nuevas funciones que suponen la cooperación multilateral en materia de apoyo humanitario y mantenimiento de la paz (vinculado con el cosmopolitismo). Por ello aparece la necesidad de pensar en un equilibrio entre cosmopolitismo y defensa nacional.

Una descripción exhaustiva de los tipos ideales de profesión militar (Nuciari, 2003) sugiere una medición de las motivaciones subjetivas de los soldados hacia las operaciones de mantenimiento de paz, por medio de indicadores basados en entrevistas representativas del ejército de Estados Unidos. En particular, denota las actitudes positivas/negativas de los soldados en diferentes momentos de las misiones. Los resultados generaron tres tipos puros de profesional militar de acuerdo con rasgos subjetivos del desempeño: el guerrero (*warrior*), el soldado de paz (*peacekeeper*) y el flexible (*in between*). El primer tipo es caracterizado por disciplina, liderazgo, obediencia, patriotismo, lealtad al poder civil, habilidad para

soportar el estrés físico y una actitud negativa hacia las operaciones de no guerra (Nuciari, 2003).

Las características propias del *peacekeeper* son: cooperatividad, determinación, especialización, educación general, empatía, apertura mental y una actitud favorable hacia las operaciones distintas a la guerra, tomadas como parte natural de la tarea militar.

Finalmente, aparece el denominado *in between* o flexible, que integra los anteriores. En otras palabras, se adapta a las tareas que considera que no son típicas de su rol pero que sólo un militar puede hacer. De esta manera, es un profesional especializado cuya autopercepción de la actividad supone la combinación de distintas capacidades, adaptándose a los requerimientos variables e inciertos que emanan de un medio ambiente turbulento (Nuciari, 2003).

Otra propuesta teórica de flexibilidad es aquella que no se centra en los aspectos subjetivos sino en los cambios estructurales de la organización militar. Así, según Christopher Dandeker (2003), el término “fuerzas flexibles” es utilizado para referirse a fuerzas equipadas con diseño de fuerzas, material y políticas que permiten a los Estados responder de distinta manera en colaboración con aliados ante una amplia variedad de crisis cuya naturaleza es difícil de predecir. En consecuencia, aparece la respuesta militar a tales crisis desde un enlace funcional entre incertidumbre del entorno y la adopción de estructuras de organización flexibles capaces de tener una respuesta ágil a los cambios de las condiciones no previstas.

Postulamos nuevamente que existen ciertas tensiones entre diferentes tipos o niveles de flexibilidad: primero, la habilidad para mantener el rango total de las capacidades militares que pueden ser requeridas para enfrentar una operación militar cuyos terreno, enemigo y temporalidad se entienden casi impredecibles; segundo, la capacidad de proveer respuestas militares apropiadas a crisis ocurridas en otros países que afectan intereses políticos o económicos domésticos. Las tensiones que surgen de estas dos formas de flexibilidad pueden ser resueltas pensando en qué es lo que el Estado puede afrontar económicamente por sí solo y en qué deberá necesariamente depender de los esfuerzos colectivos de los aliados (Dandeker: 2003, 405-406).

A partir de estos antecedentes, proponemos pensar en el militar flexible no como un término medio entre el heroico y el *peacekeeper*, sino como un posible nuevo tipo ideal, que guarda relación con los anteriores pero tiene potencialidad para reemplazarlos progresivamente. La

caracterización de este nuevo tipo de profesional se completa con diferentes adaptaciones profesionales agrupadas en dos grandes categorías analíticas: las correspondientes a la organización y a los cambios en los términos de desempeño de la profesión de las armas.

En suma, las fuerzas estatales como organización social en los países democráticos occidentales están comenzando a ajustarse a las nuevas necesidades de defensa que impone el escenario político actual. Aunque no sea el objetivo aquí identificar todos los cambios que enfrenta cada una de las instituciones militares de estos países, al menos aparecen tendencias comunes clave que interpretamos como una interpelación a lograr mayor flexibilidad.

DIFICULTADES EN EL RECLUTAMIENTO Y PERMANENCIA DE CUADROS

Unas fuerzas armadas plenamente incorporadas a la economía de mercado acarrean algunos de esos valores en su lógica interna, como es de esperar en cualquier organización social moderna. Por lo tanto, el reemplazo del militar heroico con fuerte sentido corporativo por el profesional flexible implica, desde la perspectiva de una economía de mercado, la necesidad de ofrecer oportunidades de crecimiento personal y profesional a los miembros actuales o potenciales y beneficios salariales que aumenten la capacidad de convocatoria para integrar la vida militar.

La profesionalización de las fuerzas en países con modelo voluntario implica un verdadero cambio en la relación intra y extrainstitucional. Cualquier profesional tiene lealtad con sus pares pero también persigue el saldo positivo de sus relaciones en términos de costo/beneficio, buscando las mejores opciones disponibles para su carrera. Ante la caída del modelo cuadro-conscripto, el militar es prioritariamente un profesional voluntario; es decir, será solamente una cuestión de elección formar parte de la organización militar de su país o de un país extranjero. Un ejemplo de ello es la ola migratoria de latinoamericanos a España y a Estados Unidos durante las últimas décadas (Gratius, 2005).

Uno de los grandes problemas del modelo voluntario es garantizar una defensa sostenible para los ciudadanos de su nación, ante una progresiva falta de candidatos a integrar las fuerzas. Así, el crecimiento poblacional se vuelve cada vez más anacrónico respecto de la cantidad de miembros de las fuerzas. La población en condiciones de ser reclutada para las fuerzas armadas y la población económicamente activa (PEA)

convergen en las etapas más decisivas en cuanto a la definición de un futuro profesional. Tanto el mercado laboral como la organización militar buscan captar a los mismos jóvenes de entre 18 y 30 años y, dadas las condiciones de desarrollo que ofrecen las empresas, los reclutadores militares tienen una gran desventaja (Sandell, 2003).

El alto nivel de dependencia del nicho de reclutamiento militar es un fenómeno en ascenso en la actualidad que podrá convertirse en un problema demográfico de peso para el ámbito castrense en los próximos años. Aun así, algunos países ya han comenzado a plantear posibles alternativas de cambio dentro de la organización, marcando tendencias que nos guían hacia nuevos parámetros de conformación de fuerzas que veremos en el futuro, principalmente más especializadas y multiculturales.

De acuerdo con George Quester (2005), se pueden identificar al menos tres grandes tendencias demográficas en relación con el reclutamiento militar en Estados Unidos. En primer lugar, para suplir el número de fuerzas determinado por la estrategia política militar, será necesario dilatar la edad de retiro, como efecto de la falta de efectivos para cumplir con todos los trabajos que precisan ser ocupados por población joven. De la misma forma, esta orientación se justifica por la automatización del intercambio en el campo de batalla, que exige cada vez más madurez, experiencia y especialización tecnológica.

En segundo lugar, se espera una menor rotación de puestos y una mayor especialización. Las prioridades dejarán de ser la rotación permanente y la promoción, debido a la necesidad de buscar competitividad, entrenamiento constante y actualización tecnológica. Con un número de militares menor al óptimo, la especialización se convierte en una salida necesaria para la acción eficaz.

La tercera tendencia es apoyarse en el reclutamiento de inmigrantes (Quester, 2005). De hecho, en Estados Unidos, entre otros países, ha sido necesario transformar políticas migratorias, ante la baja tasa de natalidad y el alto grado de desarrollo humano.

En definitiva, más allá del gran beneficio que puede brindar solamente la organización militar (como la estabilidad laboral), no sería ético que compita solamente en términos económicos con otras organizaciones de la sociedad civil para sumar personal del cuerpo de oficiales y suboficiales. Las fuerzas pueden incorporar criterios de eficiencia en la organización extrapolados del mundo privado, pero sin desnaturalizar su función en el Estado. Aplicar abiertamente políticas empresariales con el objetivo

visible o la justificación del reclutamiento puede ser un riesgo con consecuencias negativas para la institución en el largo plazo.

En otro plano, la cuestión del personal no es simplemente un asunto de reclutamiento principalmente de futuros oficiales y suboficiales, sino también de su permanencia en la institución. Una segunda variable compleja es la solicitud de bajas, particularmente grave en el cuerpo de oficiales, en especial en los cuadros técnicos, cuya especialización es muy valorada en el ámbito civil. En este particular destaca el caso de los pilotos de rango medio en las fuerzas aéreas modernas.

Puede tomarse como ejemplo el llamado “éxodo” de aviadores militares en Argentina desde mediados de la década de 1990 a la fecha (Montenegro, 2007). El traspaso a la aviación civil ha implicado una merma en el número de oficiales de rango medio y una pérdida política y económica para el Estado. Por ende, esta problemática supone una búsqueda de flexibilidad organizativa para contrarrestar la movilidad permanente de personal uniformado, que impone readaptación permanente de los cuadros y un desafío para los mandos superiores para lograr la permanencia de los oficiales capacitados en condiciones de ejercer liderazgo por su rango y experiencia.

TRANSFORMACIÓN Y/O MODERNIZACIÓN DE LA ORGANIZACIÓN

La transformación no se vincula con las nuevas tecnologías solamente, sino que acarrea grandes cambios organizacionales. Por transformación entendemos la adaptación a las situaciones estratégicas mediante la innovación operacional, en términos de adquisición de material o renovación, y la innovación organizativa como formación de sus miembros para nuevas destrezas. En otras palabras, es una adecuación holística que, ante la complejidad del mundo actual, modifica costumbres y estructuras. Organizarse para el futuro no significa comprar materiales bélicos masivamente con uso potencial, sino procurarse principalmente el conocimiento necesario para comprender la naturaleza del espectro de posibilidades futuras y lo que se requerirá para el éxito operacional.

En Estados Unidos, la transformación se comenzó a plasmar en el denominado Network Centric Warfare (NCW). De acuerdo con el Departamento de Defensa, el antecedente de este sistema organizacional es el concepto francés *levée en masse*, del periodo napoleónico (Office of Force Transformation, 2005). Se vincula con la necesidad de generar una

respuesta rápida, sincronizada y articulada en red. Este concepto surgió de la armada tres años antes del atentado del 11 de septiembre de 2001; sin embargo, fue implantado bajo las nuevas circunstancias políticas mundiales tiempo después.

Con el supuesto de que el poder en la actualidad se relaciona con la información, el acceso y la velocidad, el NCW ha dejado su precedente hace casi 10 años atrás para generar una nueva doctrina militar. Sus principales características son la rapidez en el comando y en la toma de decisiones, la autosincronización, la demasificación, la lucha por la superioridad de la información procesada en el ciclo de producción de inteligencia, la distribución en la red y la alteración de las condiciones iniciales en situaciones de cambios importantes (Office of Force Transformation, 2005). Así, estas innovaciones en materia organizativa suponen un viraje hacia la flexibilidad, la cual se convierte en una variable operativa de peso.

En el caso de países con menor nivel de gasto en defensa y, por lo tanto, menores posibilidades de modernización de las unidades militares, como el argentino, la estructura es diferente. En primer lugar, ni las definiciones de amenazas convergen con el caso anterior ni existen hoy al menos (según lo destinado en presupuesto al área de defensa) las posibilidades materiales de llegar a un profundo cambio del diseño de fuerzas. Sólo como cambio doctrinario y de diseño se destaca dejar de lado la necesidad de atar la planificación estratégica al concepto de hipótesis de conflicto, reemplazándola por el desarrollo de capacidades.

La última Directiva de Política de Defensa Nacional en Argentina (Decreto N. 1714, 2009) señala en cuanto al posicionamiento estratégico que se establece el principio de “legítima defensa” como criterio ordenador principal de todo el sistema de defensa del país. Por lo tanto, determina un modelo de defensa “defensivo” que rechaza actitudes y capacidades ofensivas de proyección hacia otros Estados, tomando una postura autónoma en cuanto a la soberanía pero claramente marcada hacia la cooperación con otros países.

Es plausible analizar desde la política de defensa defensiva la noción de “flexibilidad” en este caso como una readaptación de los medios existentes desde la postura de maximizar las posibilidades con que ya cuenta el país. En otras palabras, la flexibilidad organizativa referida a un nuevo diseño de fuerzas es un sí parcial a la modernización, porque finalmente sólo supone optimizar las capacidades militares en virtud de

contar con la cooperación (principalmente interestatal regional) y una postura no ofensiva.

La pregunta es cómo lograr modernizar, desmasificar, formar y mantener alistadas unidades de despliegue rápido, innovar en materia de industria militar y lograr una superación tecnológica constante, con una política defensiva que prioriza la cooperación con un presupuesto bajo en el área. Como mínimo se necesitan unas *fuerzas armadas flexibles* para cumplir con los requerimientos políticos cambiantes, enfrentando dificultades en el mantenimiento de cuadros, la necesidad de cumplir con estándares profesionales equivalentes a otros países, y todo con posibilidades materiales muy limitadas. La flexibilidad como concepto, en casos como el de Argentina, guarda entonces poco en común con aquellos países que establecen su diseño de fuerzas desde la transformación militar.

LA RELACIÓN CIVIL-POLÍTICO-MILITAR

La convergencia con la sociedad civil es una variable proveniente del modelo de militar posmoderno. Sin embargo, está conformándose una interrelación distinta entre sociedad civil y fuerzas armadas. Actualmente es indiscutible para numerosos países que los militares están integrados al resto de la sociedad y no sólo en la subordinación al poder político; ya se reconoce la incorrección de hablar de relaciones cívico-militares, porque los militares también son cívicos (ejercen derechos y obligaciones), y se reemplaza este concepto por el de relaciones civiles-militares, que denota una separación en términos de roles específicos pero no de grupos sociales diferentes.

Nuevas perspectivas teóricas ya distinguen las relaciones fuerzas armadas-sociedad (que pueden ser medidas desde la opinión pública principalmente) de la relación político-militar que se desarrolla en el marco de la gestión estatal. En este último plano, la propuesta de Douglas Bland (1999) es no centrarse solamente en asegurar el control civil de los militares (un aspecto unidimensional del vínculo), sino también considerar la responsabilidad que le compete a cada parte en la búsqueda de mejores interrelaciones dentro de la estructura administrativa estatal.

Dicho autor considera que hay que tener en cuenta que muchos de los problemas de las relaciones civil-militares y político-militares tienen su paralelo en lo que sucede en diferentes grados en otras correlaciones

en la sociedad. Desde esta premisa, expone su diagnóstico sobre cuáles son los posibles problemas civil-político-militares (Bland, 1999).

1. El riesgo del pretorianismo (evitar que los militares se insubordinen).
2. Asegurar que los militares sean un cuerpo disciplinado que salvaguarde al Estado sin llevarlo a la exageración de amenazas y evitar que dañe al gobierno o a la sociedad.
3. Resolver el doble problema de la subordinación al poder político y el control de un gobierno en posesión de esa fuerza, evitando que los decisores políticos utilicen su autoridad para sus propios intereses usando inadecuadamente a las fuerzas armadas, desde la ventaja de la obediencia.
4. La relación entre el experto y el ministro: la problemática es cómo controlan los ministros a sus fuerzas si carecen de conocimientos específicos en el área.

La teoría de la responsabilidad compartida (Bland, 1999) se centra en el control civil de los militares mantenido a partir de la cooperación responsable entre líderes civiles y oficiales militares. La idea es que las autoridades civiles son también responsables de la eficacia en el vínculo y deben rendir cuentas sobre algunos aspectos del control y los militares de otros. Compartir responsabilidades se basa siempre en un régimen de normas, principios, reglas y procedimientos de toma de decisiones, en el que existe acuerdo en los temas en que convergen civiles y militares decisores.

En otro plano, encontramos hoy una mayor convergencia civil-militar en las interacciones sociales cotidianas. Se puede decir que responde a que el militar flexible comparte la estructura normativa que hace a la especificidad de su desempeño, pero no limita su desarrollo personal a la organización, conjugando la identidad profesional con otras múltiples identidades posibles en aspectos de su vida personal. Es claro que las posibilidades de filiación social son infinitas en un mundo globalizado y segmentado en términos de pertenencia institucional, y los militares no escapan a esta realidad. Del mismo modo, este profesional se acerca subjetivamente no solamente a la coyuntura de su propio país, sino a las situaciones políticas y sociales del mundo. La consecuencia directa es una mayor identificación con valores que trascienden las fronteras sociales.

La flexibilidad supone también mayor amplitud conceptual para ejercer cualquier profesión, y así se destaca la comprensión de otras

realidades, como también una mayor inclinación a los intereses propios. La organización militar no deja de caracterizarse por la disciplina, los roles definidos y el respeto de las jerarquías; sin embargo, la necesidad de especialización y la apertura hacia otras unidades del mundo y hacia el ámbito civil permiten también el desarrollo de intereses naturales en cada profesional más allá de su desempeño. Otra de las características es, entonces, la valorización de la iniciativa personal.

Cabe destacar que la posibilidad de integrar las fuerzas no solamente con civiles que trabajen como plantel administrativo, sino civiles con vocación militar que formen parte de algunas operaciones y deben coordinar sus actividades con los soldados en el teatro de operaciones, habla también de una nueva interacción entre lo civil y lo militar; a tal punto que es el civil quien se acerca a la estructura de las fuerzas armadas, sin que esto signifique perder su condición.

Estas tendencias de mayor interpenetración civil-militar en el plano profesional son señal de flexibilidad en el campo político-militar y tienen como resultado la necesidad del trabajo conjunto entre ambas esferas, combinando instancias de decisión y ejecución de órdenes. Una dificultad en casos como los de algunos países de América Latina es precisamente lograr el equilibrio entre líderes civiles y militares en cuanto a la responsabilidad que le compete a cada una de las partes en la toma de decisiones.

EL IMPACTO DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Actualmente es indudable que la presión que ejercen los medios de comunicación masiva puede modificar el curso de los acontecimientos políticos. En el ámbito de la defensa en tiempos de paz, los medios dejan relativamente al margen de la publicidad el desarrollo del mismo, esto es, declaraciones o políticas pronunciadas por los funcionarios de alto rango, e incluso un problema que surja dentro de la organización y trascienda las fronteras de la misma. Durante la guerra, el proceso es lógicamente inverso. La incursión en el campo de batalla desde la transmisión en directo del enfrentamiento se entrecruza con la necesidad de impactar al público con imágenes y relatos vendibles. Esto ha convertido la crueldad de la guerra en un fenómeno televisivo de impacto masivo.

Los medios de comunicación en el teatro de operaciones generan consecuencias importantes: los periodistas se someten a un terreno hostil

sin preparación para enfrentarlo; a través del recorte que elija ese medio inclina la balanza de la opinión pública y, finalmente, al dar la impresión de una información cotidiana durante el proceso de la guerra, se le quita sentido político. Se ve la guerra en la pantalla del televisor como si se asistiera a una película de acción, con lo que se pierde la noción de la transformación social que implica. Al principio, provoca al mismo tiempo fascinación en una porción de la sociedad mundial e indignación en otra, pero progresivamente, como cualquier otra imagen, pierde su carácter de primicia y deja de protagonizar el *prime time* de la televisión.

De acuerdo con Kenneth Payne (2005), en cualquier nivel que los medios interactúen con los militares en el desarrollo de una guerra prevalece una tensión inherente entre los reportes de los medios y los objetivos militares. En consecuencia, los estrategias están comenzando a incorporar formas de clasificación de los medios, buscando cooperar para mayor seguridad en el desempeño de los periodistas y mayor control de la información que se emite, tal como sucede en la guerra de Irak. En síntesis, el soldado enfrenta el desafío de interactuar con los medios de comunicación y, en lo posible, controlar el flujo de datos, estableciendo algún tipo de entendimiento; en caso contrario, estará resignando el monopolio de la información en el campo de batalla.

En este sentido, es posible plantear la necesidad de adaptación constante o flexibilización de la organización al impacto de la información y la creación de sentido simbólico que imponen los medios de comunicación, teniendo en cuenta el uso de herramientas diferenciadas según las circunstancias políticas, entendiendo éstas como los tiempos de paz y los tiempos de guerra (sin olvidar que la guerra es tan sólo la continuación de la política por otros medios).

CONCLUSIONES

Ante la actual etapa de protagonismo de los conflictos intraestatales como gran factor disruptivo en los términos del desarrollo de los conflictos armados, los Estados democráticos se enfrentan a la necesidad de establecer políticas militares atendiendo a la dificultad de establecer el consenso con otras naciones en la definición de las amenazas, e identificar a enemigos que ya no necesariamente se enmarcan en los límites de un Estado y que tienen gran versatilidad y capacidad de movilidad.

Frente a estos retos, las fuerzas armadas deben tener en cuenta los nuevos términos de intercambio en el teatro de operaciones, la adapta-

ción constante de los criterios organizativos a las formas diversas de la violencia, los cambios impuestos por el mercado, y la coyuntura nacional e internacional que impactará sobre sus funciones operativas; además, deben intentar desarrollar con éxito algún grado de transformación o modernización.

A partir de este panorama, concluimos que la flexibilidad se impone como una realidad concreta de las organizaciones militares tanto de un país con amplio poder militar como en países periféricos. No hicimos aquí hincapié en las motivaciones de los militares en su desempeño, en el que destaca la flexibilidad como “valor” de la estructura de motivaciones, como es la perspectiva de Nuciari (2003), sino en los desafíos concretos que se imponen a la institución. De todas formas, la autopercepción del desempeño es otro tema destacable que trabajar como complemento de esta idea de cambio organizacional, ya que función y valores van siempre de la mano en cualquier subsistema social.

Se destacaron como grandes giros el impacto de los medios de comunicación, los desafíos en el reclutamiento y permanencia de cuadros, la exigencia de la transformación del diseño de fuerzas y el desarrollo de ciertas capacidades adaptativas por parte de los comandantes, para actuar en el terreno con una vinculación multidimensional con los civiles. Así también, dentro de la relación civil-militar aparece en especial la relación político-militar como una subdimensión de lo anterior, en cuanto a la coordinación política y de gestión ante el gran ingreso de civiles al área militar y especialmente en cuanto a la toma de decisiones desde la perspectiva de la responsabilidad compartida.

Cada país, de acuerdo con su historia, su sociedad y su coyuntura política, tiene que encontrar su propia fórmula de flexibilidad. El término resulta lo suficientemente amplio para el análisis sociológico, pero necesita ser acotado a las normativas y posibilidades reales de aplicación de cada caso. La intención de la propuesta es, paralelamente, demostrar la limitación conceptual que se enfrenta al intentar encontrar respuestas claras a los nuevos desafíos que están enfrentando las fuerzas armadas en los últimos años. El contenido del término *flexibilidad* se ajusta, entonces, a cada país, pero al fin y al cabo necesita ser explicado como una conjunción de modelos anteriores con la capacidad de convertirse en un tipo puro que explique más exhaustivamente la situación existente.

A la vez, también es deseable que la flexibilidad sea una posibilidad, a partir de que el militar pueda cumplir misiones de guerra y no guerra de forma simultánea sin perder la esencia de su función; especializarse

pero mantener el espíritu guerrero; compartir los valores de la organización pero participar en otros ámbitos de la sociedad civil; mantener la cohesión dentro de su unidad pero interactuar con profesionales civiles que se incorporan de manera provisoria o permanente, y desempeñarse de forma equilibrada con militares de otros países en misiones multilaterales, respetando la idiosincrasia propia y ajena.

Como desafíos específicos, se impone para lograr lo anterior actuar incluso en misiones de guerra, que ya no suponen el enfrentamiento entre fuerzas estatales, sino entre un país y un grupo militar no estatal, lo cual requiere transformaciones organizativas y doctrinarias notables. Para ello, la flexibilidad supone estar preparado para enfrentar enemigos no identificados con claridad. A la vez, esa adaptación trae aparejadas complejidades éticas, ya que supone actuar en numerosas ocasiones sobre los aún considerados “civiles” (excepto los grupos beligerantes no estatales reconocidos como tales, estos espacios de acción oscilan dentro de una delgada línea entre combatiente y civil).

A la vez, el respeto por los valores denominados comúnmente como universales, como el Derecho Internacional Humanitario y otras convenciones internacionales, es una nueva exigencia profesional que muestra una paradoja: flexibilidad para combatir en guerras intraestatales en territorios urbanos y a la vez atender a los valores cosmopolitas universales. También implica cambiar las estrategias a medida que se modifique la situación en el lugar de la operación con una celeridad cada vez mayor, y plantear estrategias de relaciones extra-institucionales que faciliten la relación con el resto de la sociedad.

La multiplicidad de exigencias y responsabilidades sociales, pensando en una profesión que se especializa en la administración de la violencia legítima estatal, no escapa a paradojas conceptuales y dificultades operacionales al aplicar los parámetros estratégicos y tácticos. Es por estas razones, entre otras, que el profesional militar en los países democráticos occidentales está enfrentando cambios organizativos que se dirigen hacia una cada vez mayor necesidad de adaptabilidad organizativa y también de atención a nuevos aspectos éticos. En sociedades modernas globalizadas, en las que prevalece un movimiento constante de reglas de juego, todas estas complejidades se resumen en el desafío de convertirse finalmente en un militar flexible.

BIBLIOGRAFÍA

- BAÑÓN, Rafael, y José Olmeda (1985). “El estudio de las fuerzas armadas”. En *La institución militar en el Estado contemporáneo*, compilado por Rafael Bañón y José Olmeda. Madrid: Alianza Editorial.
- BELTRÁN, Virgilio (1985). “Las fuerzas armadas como tema de la sociología”. *Boletín del Centro Naval* 743: 128-138.
- BLAND, Douglas (1999). “A unified theory of civil-military relations”. *Armed Forces & Society* 26 (1): 526-540.
- BOOTH, Bradford, Meyer Kestnbaum y David Segal (2001). “Are post-Cold War militaries postmodern?”. *Armed Forces and Society* 27 (3): 319-342.
- BURK, James (2002). “Morris Janowitz y los orígenes de la investigación sociológica sobre las fuerzas armadas y la sociedad”. *Security and Defense Studies Review* 2: 126-142.
- CAFORIO, Giuseppe (2003). “Some historical notes”. En *Handbook of Sociology of the Military*, compilado por Giuseppe Caforio. Nueva York: Plenum Publishers.
- CAFORIO, Giuseppe (2013). “Officer and commander in asymmetric warfare operations”. *Journal of Defense Resources Management* 4 (1): 9-26.
- DANDEKER, Christopher (2003). “Building flexible forces for the 21st Century: Key challenges for the contemporary armed forces”. En *Handbook of Sociology of the Military*, compilado por Giuseppe Caforio. Nueva York: Plenum Publishers.
- DIRECTIVA DE POLÍTICA DE DEFENSA NACIONAL (2009). Decreto Número 1714/2009. Argentina: Ministerio de Defensa.
- FEAVER, Peter (1996). “The civil-military relations problematique: Huntington, Janowitz and the question of civilian control”. *Armed Forces & Society* 23 (2): 149-178.
- GARCÍA COVARRUBIAS, Jaime (2002). “El militar posmoderno en América Latina”. *Security and Defense Studies Review* 2: 66-80.
- GRATIUS, Sussane (2005). *El factor hispano: los efectos de la inmigración latinoamericana a Estados Unidos y España*. Madrid: Real Instituto Elcano.

- HAMMES, Thomas X. (2005). "Insurgency: Modern warfare evolves into a fourth generation". *Strategic Forum* 214: 1-8.
- HUNTINGTON, Samuel (1964). *El soldado y el estado*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- JANOWITZ, Morris (1960). *El soldado profesional*. Buenos Aires: Bibliográfica Omega.
- JANOWITZ, Morris (1985). "La organización interna de la institución militar". En *La institución militar en el Estado contemporáneo*, compilado por Rafael Bañón y José Olmeda. Madrid: Alianza Editorial.
- MONTENEGRO, Rubén (2007). "El éxodo del personal militar superior de la Fuerza Aérea hacia la actividad civil" [en línea]. Disponible en <<http://www.caei.com.ar/working-paper/el-%C3%A9xodo-de-personal-militar-superior-de-la-fuerza-a%C3%A9rea-hacia-la-actividad-civil>>.
- MOSKOS, Charles (1991). "Tendencias institucionales y ocupacionales en las fuerzas armadas". En *Lo militar: ¿más que una profesión?*, compilado por Charles Moskos y Frank Wood. Madrid: Ministerio de Defensa.
- MOSKOS, Charles, John Allen Williams y David Segal (2000). *The Post-modern Military. Armed Forces after the Cold War*. Nueva York: Oxford University Press.
- NUCIARI, Marina (2003). "Models and explanations for military organization: An updated reconsideration". En *Handbook of Sociology of the Military*, compilado por Giuseppe Caforio. Nueva York: Plenum Publishers.
- PAYNE, Kenneth (2005). "The media as an instrument of war". En *Parameters* 35 (1): 81-93.
- OFFICE OF FORCE TRANSFORMATION (2005). *The Implementation of Network Centric Warfare*. United States Department of Defense.
- OUELLET, Eric (2005) "New directions in military sociology". En *New Directions in Military Sociology*, editado por Eric Ouellet. Ontario: De Sitter.
- QUESTER, George (2005). "Demographic trends and military recruitment: Surprising possibilities". *Parameters* 35 (1): 27-40.
- RYAN, Joseph (2010). "Samuel A. Stouffer and *The American Soldier*". *Journal of Historical Biography* 7: 100-137.

- SANDELL, Rickard (2003). *El reclutamiento militar en España en épocas de descenso de población: el soldado ausente*. Madrid: Real Instituto Elcano.
- SANZ ROLDÁN, Félix (2005). “La transformación de las fuerzas armadas españolas”. Intervención del jefe del Estado Mayor General de la Defensa. Madrid: Ministerio de Defensa, 6 de mayo de 2005.
- SHIELDS, Patricia (1991). “El rol de los sexos en las fuerzas armadas”. En *Lo militar: ¿más que una profesión?*, compilado por Charles Moskos y Frank Wood. Madrid: Ministerio de Defensa.
- VUGA, Janja (2010). “Cultural differences in multilateral peace operations: A Slovenian perspective”. *International Peacekeeping* 18 (1): 96-109.

Recibido: 10 de julio de 2013

Aceptado: 21 de julio de 2014

